

al regalismo, un verdadero masón en lo enemigo y opuesto á los jesuitas, Aranda, no tenía entonces gran prisa en oponerse á la revolución, y su próximo heredero, cuyo esbozo político ya comenzaba en el cuadro de los hechos á resaltar, ponía sus poderosas influencias en la corte, no del lado de sus ideas, del lado de sus intereses. Y si á estos intereses convenía el propender al gobierno de Francia, fuese quien fuese, no había Godoy de sentir escrúpulos, y no habría de tener la Reina otros intereses que los intereses de su favorito, ni el Rey otros conceptos de las ideas y de la política que los conceptos sugeridos por su mujer. Así, un relato del tiempo nos dice que la corte mandaba un millón á los príncipes emigrados; pero el gobierno despedía de Cataluña los realistas en Cataluña refugiados, por creerlos peligrosos á la seguridad y paz de nuestra España. Mostraba, pues, nuestra patria el año noventa y dos propensiones internacionales muy parecidas á las predominantes en Inglaterra. Nada de propender á la revolución, porque tales propensiones equivaldrían á un abandono del interés monárquico; pero, nada tampoco de arriesgarse á una guerra por la mayor ó menor autoridad absoluta de la regia familia, porque tales arrestos atentarian á la paz y á la seguridad del Estado. España no arriesgaría ningún género de guerra, y no caería en conflicto alguno, como no sobreviniera el caso de que atentaran los franceses á la libertad ó la vida de sus Monarcas. Con razón había sentido Antonieta la muerte del caballeresco Rey de Suecia, Gustavo; en un año Suecia, iniciadora de la coalición monárquica, se había puesto á la capa, jurando seguir iguales procedimientos que nuestra España, y no amagar golpe ninguno sobre Francia, si Francia respetaba la vida y la seguridad de los Reyes. Por consecuencia de aquella coalición, formidable y numerosa, en cuyos compromisos y pactos entraban tal suma de Reyes, componentes casi de la total realza europea, Inglaterra se quedaba como desasida y libre; como en indiferencia, España; como á la mira, Suecia y Dinamarca; lejos, Rusia; y sólo entraban en fuego Prusia y Austria, quienes todavía no contaban siquiera con todos los vasallos feudales, ó con los aliados interiores; y por la victoria total de Catalina sobre Polonia, mientras iban hacia Occidente, miraban hacia Oriente. Pero el conflicto entre la revolución y los Reyes á tal extremo llegaba, que no había medio ninguno de conjurarlo y desvanecerlo.

Como los terroristas eran la mancha negra del interés democrático, los emigrados eran la mancha negra del interés monárquico. Sé comprende y explica, dado el derecho internacional europeo entonces, la solidaridad de los Reyes, tanto más impuesta por la lógica de los hechos cuanto que iba reconociéndose por lo que podríamos llamar el espíritu de los continentes la solidaridad completa de los pueblos; pero sólo puede comprenderse y explicarse por una perversión del sentimiento, consecuencia rigurosa de una pésima educación, el romper tras una banda de extranjeros y un ejército de irruptores en guerra con la propia patria, crimen que hoy á su perpetrador costaría en el mundo civilizado la honra para siempre. En esta hora, es decir, en la hora del conflicto, aflúan los emigrados á Co-

blenza y Tréveris, cual moscas, y olfateaban el exterminio de la revolución, cual cuervos. De conjura en conjura, de consejo en consejo, faltos de recursos y sobradísimos de ilusiones; embargados del Mesianismo con que las piedades múltiples de la naturaleza encubren los desengaños y desesperaciones de la vida; aunque sólo tenían motivos de aflicción, pues importunaban á los coligados mientras los repelía su patria, creíanse los cuitados en su petulancia próximos á un triunfo que se arrogaban ellos como si fuera cosa personalísima, y se consideraban los infelices, no ya vanguardia, cabeza de un ejército, el cual no los quería ni de retaguardia, siéndoles, no diré odiosos, pero sí diré despreciables. Federico Guillermo los escuchaba, pero no les hacía caso; Francisco de Austria no les hacía caso ni los escuchaba. El papel, en otro tiempo adelantado á la emigración por Austria para levantar sobre su hipoteca fondos y hacer empréstitos, Austria lo retiraba; desconocía el carácter de lugar-teniente al conde célebre de Provenza, cuyos odios y calumnias á la pobre Antonieta no le era dado perdonar; disuadía de cualquier auxilio que quisiesen á los emigrados prestar sus Reyes vasallos, y les notificaba, mientras ellos se holgaban á una con dirigir y mandar, que no los quería, ni aún para obedecer, pues resultaban impedimenta verdadera, y no de ninguna fuerza núcleos, y no factores de ninguna operación. Mucho potentado y mucho príncipe contaba la emigración entonces; todos á una se ponían del lado de Prusia y contra el Austria. Como la revolución podía contar en la familia real una rama de izquierda extrema, los Orleans, podían contar una rama de derecha extremadísima, los Condés. Y mientras los Orleans eran ultra-demócratas, los Condés eran ultra-realistas, y mientras los Orleans eran más que traidores á la monarquía, eran más que leales los Condés. Así el príncipe mayor de la tal rama decía del Emperador de Austria que le parecía follón ó malandrín y continuaba juntamente con sus primos, los hermanos de Luis XVI, la guerra implacable á María Antonieta, sin recordar siquiera el cautiverio que sufría y la pasión por que pasaba. Si la Reina pedía sin descanso á su triste y devoto sobrino una rápida intervención, pero conllevando un poco lo ya hecho en Francia, y sin exponerlos a que un excesivo ímpetu suyo los destronara y los descabezase, la emigración atribuía sin empacho al Austria el empeño de dar, acorde con Antonieta, una constitución á Francia, cuando ella pedía un restablecimiento del antiguo absolutismo como si los afectos y los pensamientos, sobre que todo absolutismo se funda, pudieran restablecerse y restaurarse y hubiese fuerza material ninguna en el mundo capaz de rehacer las creencias extintas y las instituciones muertas cuando han extinguido unas y matado otras las fuerzas sociales, á un tiempo exterminadoras y creadoras, pero con tal virtud, que lo creado por ellas no puede arruinarse como ellas no lo destruyan, y lo por ellas destruído no podrá rehacerse jamás si ellas no lo evocan y resucitan. ¿Quién le hubiera dicho al conde de Provenza, jefe de la emigración entonces, absolutista empecatado siempre, reaccionario sin lenidad y sin tregua, que su nombre se uniría en porvenir bien cercano, en poco más



de cuatro lustros á un brillante período parlamentario y constitucional de la Historia francesa? Y así desde que principió el período de la invasión por sus primeras irrupciones, hasta que concluyó por irreparables catástrofes, luchaban dentro de ellas el partido de los Reyes con el partido de los príncipes, y el influjo de Austria con el influjo de Prusia, yendo la guerra civil contenida y enconada en la guerra universal.

No comprenderán la revolución quienes intenten separarla de la guerra. El celo de los invasores por la monarquía, como esos vientos, que, lejos de apagar, avivan los incendios, extendió ráfagas de revolución sobre los ánimos ya exaltados; y estas ráfagas tan fuertes fueron, que acabaron por desarraigar las instituciones más arraigadas, á la manera de los huracanes del desierto, que arrancan y desarraigan los cedros del Líbano. Nunca explicaréis el diez de Agosto, apocalíptico día ya cercano, al finalizar Julio del noventa y dos, juicio final de la Realeza, triunfo de una república no aguardada; si antes no recordáis el manifiesto de Brunswick, tan famoso, aunque digno del célebre retrucano de Lope: «la fama infame del famoso atrida». No soñaban aquel sinnúmero de apasionados por la revolución todavía con una inmediata república. Robespierre no daba rostro á esa institución, y el gárrulo discurrir suyo equivalía en el fondo, por la dificultad de definirlo y de fijarlo, como lleno de vaguedades, á un gran silencio. No hacía mucho que Danton tomara posesión de su cargo en el Ayuntamiento, y al decir con este motivo sus ideas, juraba no ponerlas allende la Constitución. Marat mismo exacerbaba todos los apetitos con su lengua y soplo de víbora; metía el puñal envenenado en todas las heridas; pero tales desengaños y desesperaciones le poseían por este crítico tiempo, que demandaba protección á Barbaroux para irse desde sus barrios y centros parisienses, donde ahullaba y rugía con todo descaro, á la republicana Marsellesa, por no haber atmósfera suficiente á una República en París, como no hay alimento para una luz en cualquier enrarecido aire. Los girondinos estaban impacientes por el poder, pero pacientísimos con la Monarquía. Menudeaban los recados al Rey en busca de un ministerio análogo al ministerio suyo, en mal hora pedido. Condorcet, después de haber querido educar al mundo, se contentaba y satisfacía con educar al Delfín. Vergniaud mismo, cuando acababa de pronunciar un discurso contra Luis XVI, comparable sólo al discurso mejor de Demóstenes contra Filipo, recibía en el rostro como un tiro disparado desde las tribunas á boca de jarro, esta horrible desvergüenza: «Barnave segundo» á causa de preferir una evolución medida y graduada y prudente á una revolución asoladora. El mismo Brissot, el verdadero iniciador de la República, porque proponía conciliaciones dilatorias, recibió un batatazo, que le golpeara el rostro, lanzado por un exaltado, asistente á la sesión del Congreso. Cuando se abre una guerra insensata, se cierra todo camino al consejo y á la conciliación. En vano los girondinos querían moderar el ímpetu de la revolución; suscitábanla mal de su grado los contrarios, amenazando, no solamente la fecunda libertad recién alcanzada, la patria sacratísima;

en vano los Reyes, y su apoderado Mallet intentaban por su parte refrenar la emigración, divertir los coligados del intento de imponer sus ideas á Francia; como no podéis recoger la piedra disparada por vuestra mano que deberá seguir toda la trayectoria exigida por su gravedad natural, no podían los coligados recoger la guerra ya declarada, una guerra civil por la presencia en ella de los emigrados, una guerra extraña, de conquista, por la presencia en ella de los irruptores. Con estas dos fuerzas contrarias en los dos extremos, nadie podía conseguir que su resultante fuese un término medio sensato y sabio. Los girondinos quedarán incapacitados de alcanzar que se quede la democracia dentro de la Constitución, como los constitucionales incapacitados de alcanzar que los ejércitos rechacen la conquista y respeten la Constitución. Mientras unos revolucionarios, como Brissot, urdían la prudente conciliación, otros, como Danton, empujaban los hechos á sus últimos extremos; y mientras unos enviados del Rey, como el buen Mallet, informaban en favor de la Constitución, ante los Reyes coligados, otro, como Breteuil, amigo y embajador secreto de Luis XVI, también ante la coalición aseguraban no deber los Reyes extranjeros aguardar cosa ninguna del natural rebelde de los incorregibles facciosos, metiéndolos en cintura por la fuerza material que debía con arrogancias hablar y proceder á materiales imposiciones con ímpetu. Caso grave y explicación lógica de cuantas catástrofes cayeran este mes horrible sobre la Monarquía y los monarcas. Mientras ciertos enviados del Rey hablaban en un sentido liberal, otros hablaban en sentido reaccionario; mientras unos pertenecían á los constitucionales por sus ideas, pertenecían otros á los emigrados por sus supersticiones; mientras unos querían guerra de apoyo y auxilio indirectamente mandada por el monarca francés y capaz de retenerse y pararse donde indicara y quisiera el Rey, otros pedían que Francia fuese por fuerzas brutales duramente sometida y cayeran derribadas por el suelo sus nuevas instituciones. Quien de todos los enviados regios razonaba mejor era el bueno de Mallet, pero, publicista, no estaban la discreción y la reserva entre sus cualidades; ginebrino, tampoco entre sus sentimientos, estaba el realista fervor congénito con los viejos cortesanos; calvinista, no podía ser flexible y ameno, sino inflexible y duro. Mallet, sin embargo, escribió un manifiesto, sometido á los coligados, y puesto en el estilo y lenguaje propios de la conciliación entre pueblo y trono, requerida siempre por él, unos dicen que á virtud y por obra tanto de su natural republicano como de su educación hugonota, otros que á virtud y por obra de su regio encargo. Pero el caballero Fersen, el sueco de la torpísima expedición á Varennes, así como el célebre ministro de Hacienda, Calonne, causante primero del desastre de la Monarquía, miraban los negocios políticos de otra suerte y cayeron en la más criminal intransigencia. Herético llamaron á Mallet y le imputaron la peor laca imputable tanto á un realista como á un revolucionario, el propósito de dar á Francia Constitución parlamentaria novísima con dos Cámaras, procediendo de suerte que rasgaron el manifiesto conci-

CAPITULO ALFONSO